

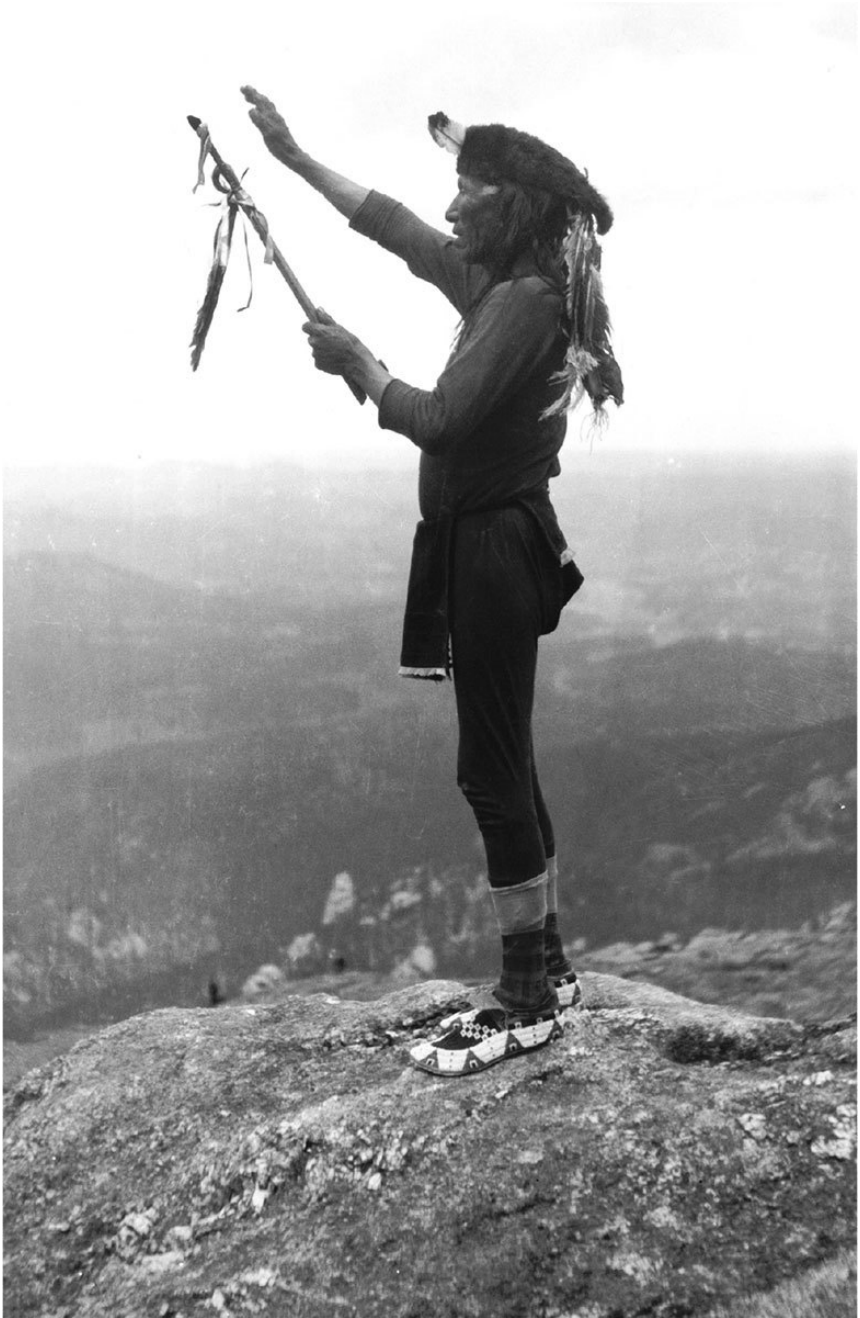


JOHN G. NEIHARDT

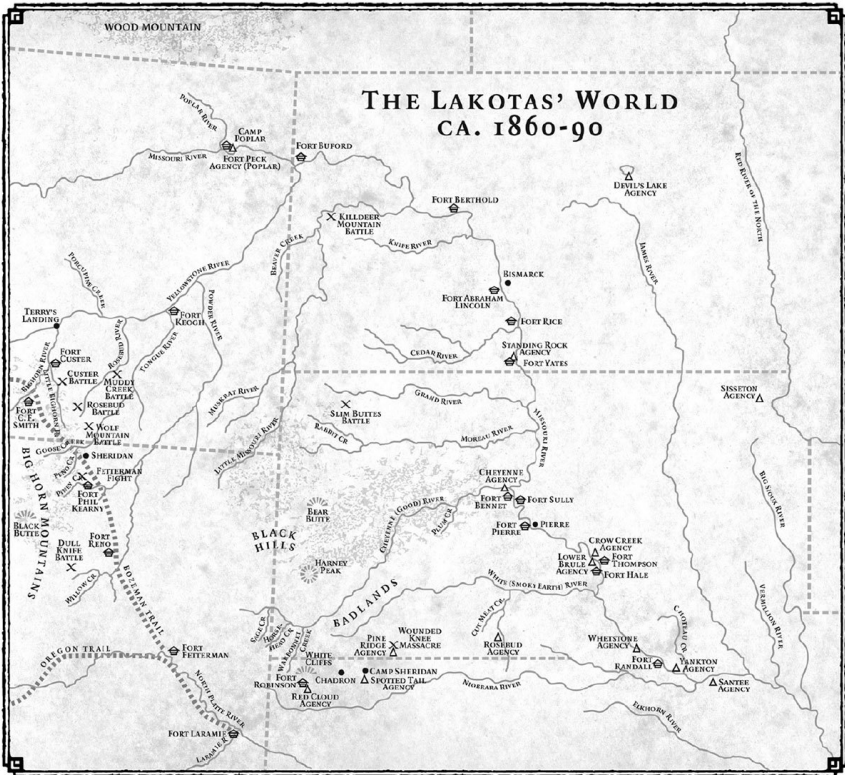
ALCE NEGRO
HABLA

HISTORIA DE UN SIOUX

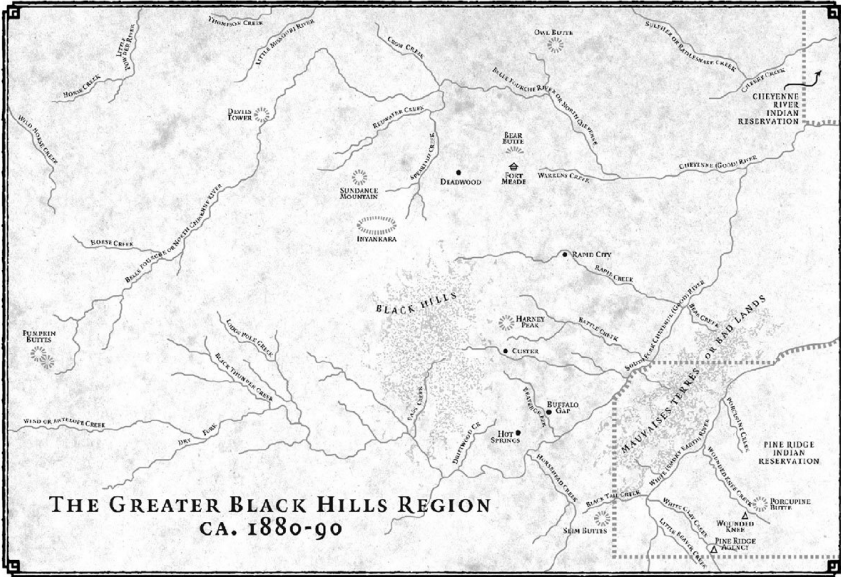
Capitole Swing®



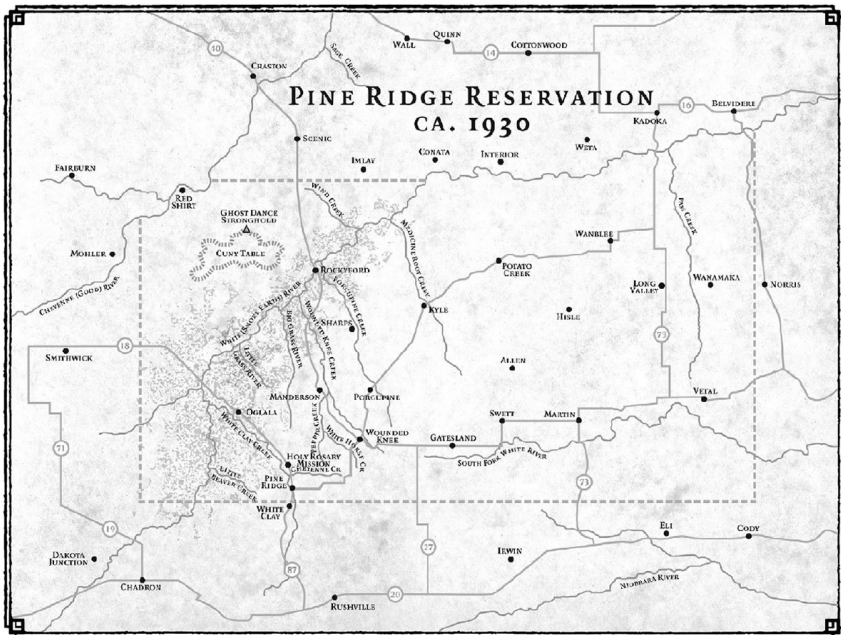
Lo que hay de bueno en este libro se restituye a los Seis Antepasados y a los grandes hombres de mi pueblo
Alce Negro



El mundo de los lakotas
ca. 1860-1890



La gran región de las Black Hills
ca. 1880-1890



Reserva de Pine Ridge

ca. 1930

Prólogo

Vine Deloria Jr.

El siglo xx ha producido un mundo de visiones contrapuestas, sentimientos desbordados y sucesos imprevisibles; y las oportunidades de aprehender la esencia de la vida se han ido desvaneciendo a medida que el ritmo de la actividad aumentaba. Los medios electrónicos nos arrastran a una infinidad de experiencias que hubieran desconcertado a generaciones anteriores y estas parecen producir en nosotros un extraño aislamiento de la corriente de la historia humana. Nuestros héroes pasan a ser gradualmente simples personajes, son consumidos y olvidados. Y, de este modo, buscamos ávidamente nuevas vías para expresar nuestra humanidad. La reflexión es la más difícil de entre todas nuestras actividades, porque ya no podemos establecer prioridades relativas debido a la multitud de sensaciones que nos devoran. Es en épocas como esta cuando las expresiones clásicas de las verdades eternas parecen iluminarnos y cuando la sabiduría destaca entre la acumulación reinante de evidencias y lugares comunes.

Fue una suerte que, en los años treinta, cuando la nación se lanzaba hacia nuevas formas de industrialismo, un poeta de Nebraska llamado Neihardt se desplazase en dirección norte, a la reserva de los sioux oglalas, en busca de materiales para su obra épica, ya clásica, sobre la historia del Oeste. Que sus conversaciones, y posterior amistad, crearan un documento religioso también clásico, quizás el único

de este siglo, es, esto sí, un testimonio de la fuerza regeneradora de nuestra especie. *Alce Negro habla* fue publicado originariamente en 1932, cuando la gente todavía creía que el progreso y la cadena de montaje eran sinónimos, y que la Depresión no había sido sino una breve intromisión en la marcha irrefrenable hacia el milenio. Su elocuente mensaje se perdió en la confusión de los tiempos. No fue rechazado, pero tampoco fue tomado en cuenta, ni remotamente, con la veneración de la que ahora es objeto. La acogida reflejó, de hecho, esa actitud extremadamente romántica, más bien simplista, que señala que todas las religiones tienen alguna validez si nos impiden caer en actos de bestialidad; y que incluso las expresiones más primitivas de verdadera religiosidad representan un esfuerzo por ponerse en contacto con la realidad más completa de la civilización occidental.

Alce Negro habla no repitió el destino de muchas otras obras contemporáneas que cayeron en el olvido. En los años treinta, cuarenta y cincuenta atrajo un flujo continuado de lectores afectos y sirvió de expresión fidedigna de la esencia que sirve de base a las creencias religiosas de los indios de las llanuras. Lejos de las planicies del norte, aparte de la tribu sioux y la clase intelectual del oeste, había poca gente que conociera el libro o prestara atención a su mensaje. Pero las crisis se sucedieron y, mientras comprendíamos las implicaciones del *shock* futuro, de la primavera silenciosa y de la verde América, la gente se puso a buscar una expresión universal de las verdades más generales, más cósmicas, que el industrialismo y el progreso habían pasado por alto o bien habían ahogado. En los años sesenta, el interés empezó a centrarse en los indios y en algunas de las realidades espirituales que parecían representar. Sin tomar en cuenta la otra literatura de este campo, las tesis eruditas con todo tipo de inflexiones y matizaciones, *Alce Negro habla* sobresalía claramente respecto a toda la literatura que trataba sobre la religión de los indios.

Hoy el libro es de lectura corriente para millones de personas. Algunas de ellas no tienen una idea clara sobre la tribu de Alce Negro o los sioux oglalas; otras, por decirlo de algún modo, ni siquiera tienen demasiada simpatía por los indios. El marco espiritual de las ceremonias de la pipa y la historia de la vida y las visiones de Alce Negro son de sobra conocidas, y las especulaciones que se realizan sobre la naturaleza y la esencia de la religión de los indios de las llanuras se sirven de este libro como criterio con el cual juzgar otros libros y demás ensayos interpretativos. Si algún gran clásico religioso ha aparecido en este siglo o en este continente, ha de ser juzgado, ciertamente, en compañía de *Alce Negro habla* y soportar la crítica que tal comparación impondría inevitablemente.

El aspecto más importante del libro, no obstante, no es su efecto sobre la población no india que deseaba conocer algo de las creencias de los indios de las llanuras, sino el influjo ejercido sobre la generación actual de jóvenes indios que han tenido que esforzarse duramente para encontrar unas raíces propias dentro de la estructura de la realidad universal. Para ellos, el libro se ha convertido en una biblia norteamericana de todas las tribus. Acuden a él en busca de dirección espiritual, identidad sociológica, visión política y reafirmación de la esencia continua de la vida tribal india, también ahora gravemente afectada por causa de los mismos medios electrónicos que están disolviendo otras comunidades americanas.

Alce Negro compartió sus visiones con John Neihardt porque quería transmitir a las generaciones futuras parte de la realidad de la vida de los oglalas y, nos imaginamos, también compartir con un alma afín la enorme responsabilidad inscrita en las visiones que estaban aún por cumplirse. Alce Negro se habría sorprendido mucho de la popularidad que el libro tiene hoy y no podría evitar sentirse complacido por ello. Si el viejo círculo del campamento, el círculo sagrado de los lakotas, y los viejos tiempos han sido bruscamente

destruidos por las máquinas de una era científica, y si no pueden, por tanto, existir en el sentido tradicional, la universalidad de las imágenes y sueños debe dar fe de la aparición de un nuevo círculo sagrado, un nuevo aro de intensa comunidad entre los indios que deje atrás a la magnificencia de los tiempos pasados. Ha sido tal la influencia de este libro que uno no puede asistir hoy en día a una conferencia sobre la religión de los indios o escuchar a una serie de conferenciantes indios sin traer a la memoria las partes concretas del libro que se encuentran detrás de los esfuerzos actuales por incentivar y clarificar esas creencias que son «auténticamente indias».

Aun contando con el éxito que el libro tiene, el futuro se presenta inabarcable con respecto a sus logros actuales. No hemos conocido todavía a esa generación de teólogos que siempre acompaña al nacimiento de las grandes tradiciones religiosas. La generación actual de estudiantes universitarios indios bien pudiera ser el heraldo de esta nueva era. Tanto el cristianismo como el budismo necesitaron quinientos años para llegar a expresar adecuadamente en sistemas teológicos y filosóficos la visión de la esencia universal que sus fundadores promulgaron y en la cual vivieron. *Alce Negro habla* y *When the Tree Flowered* [Cuando el árbol floreció], de Neihardt, y *The Sacred Pipe* [La pipa sagrada], de Joseph Epes Brown, las obras señeras de la tradición teológica de Alce Negro, prometen convertirse en el canon o, al menos, en el núcleo central de un canon teológico del indio norteamericano que algún día constituirá un desafío tanto para las tradiciones orientales como para las occidentales en su modo de ver el mundo. De hecho, en las visiones de Alce Negro tenemos, ciertamente, una relación natural con el resto del cosmos desprovista del paradigma judicial pero que incluye el tema del sacrificio, tan importante para todas las religiones, de un modo coherente y comprensible.

El debate en la actualidad se centra en la cuestión de las intrusiones literarias de Neihardt en el sistema de creencias de Alce Negro; algunos investigadores han señalado que el libro es más reflejo de Neihardt que de Alce Negro. Ciertamente resulta difícil descubrir si estamos hablando de Alce Negro o de John Neihardt: si la visión ha de ser interpretada de algún otro modo, o si el enorme entusiasmo que el libro proyecta no es sino el optimismo de dos poetas perdidos en el mundo moderno empeñados en transformar toda monotonía en un mundo idealizado. ¿Acaso importa? La naturaleza de las grandes doctrinas religiosas es que incluyen a todo aquel que las comprende, y las personalidades se tornan indistinguibles de la verdad trascendente que expresan. Que así sea con este *Alce Negro habla*. El que nos hable con un lenguaje simple y convincente acerca de una parte de la experiencia humana y nos anime a poner de relieve lo mejor que tenemos en nosotros es suficiente. Alce Negro y John Neihardt asentirían probablemente con la cabeza ante una frase así y proseguirían con su conversación. Es buena, dirían. Con eso basta.

Prefacio a la edición de 1932

La primera vez que fui a hablar con Alce Negro sobre los sioux oglalas lo encontré sentado, solo, bajo un techo hecho de ramas de pino cerca de su cabaña situada en una colina pelada a unos tres kilómetros al oeste de la oficina postal de Manderson.

Me habían dicho que Alce Negro era familia del gran jefe Caballo Loco y que lo había conocido íntimamente; así que fui a verle, acompañado de mi hijo y de un intérprete, sin más esperanza que la de conversar un rato con quien había conocido, en profundidad, a tan insigne personaje. No estaba muy seguro ni siquiera de poder llegar a hablar con él, pues, de camino, el intérprete me dijo que había llevado esa misma mañana allí a una escritora sin ningún tipo de éxito. «Puedo ver que eres una mujer muy hermosa —remarcó el anciano— y percibo también tu bondad; mas no deseo contarte esas cosas».

A mí Alce Negro no me dedicó ningún cumplido, pero estuvo hablando toda aquella tarde de agosto, a excepción de cuando se quedaba en silencio —lo cual era frecuente— meditabundo, sentado con los codos apoyados en las rodillas, mirando el suelo con ojos medio ciegos.

Y no es que hablara precisamente de asuntos terrenales, más bien al contrario, hablaba de cosas que le parecían sagradas y «de la oscuridad en los ojos de los hombres». Aunque yo estaba familiarizado con la conciencia india de-

bido a más de treinta años de contacto personal con ellos, el mundo interior [1] de Alce Negro, revelado con imperfecciones, a fogonazos, durante aquel día, se me asemejó extraño y a su vez maravilloso.

También me impresionó el alcance de las experiencias por las que tuvo que pasar en todos aquellos años. Además de haber vivido, como toda su gente, en los viejos tiempos de plenitud y también en los años trágicos y heroicos de su derrota final y posterior degradación, Alce Negro, desde su primera juventud, había vivido en un mundo de valores superiores [2] a los de la mera supervivencia, y aquellos años los había dedicado apasionada y devotamente a esos valores que él mismo había concebido. Como cazador, guerrero, chamán practicante y visionario, Alce Negro parecía representar la conciencia de los indios de las llanuras con mayor exactitud que a nadie que hubiera conocido antes; cuando conocí ya en profundidad todo su mundo interior, supe que estaba en lo cierto. [3]

Al año siguiente repetí la visita, con más tiempo, a casa de Alce Negro, en compañía de mis hijas, Enid y Hilda, para que pudiera relatarme la historia de su vida y así cumplir con un deber que él mismo pensaba que le correspondía. [4] La naturaleza de dicho deber tal como él lo concebía resultará evidente para aquellos lectores que se acerquen no con el ánimo condescendiente de la persona civilizada que pueda llegar a sentir, en mayor o en menor medida, curiosidad por la mentalidad «salvaje» sino para aquellos que alberguen la humilde voluntad de entender, sin más, a otro ser humano y tal vez incluso aprender de él, en un mundo en el que el conocimiento cada vez es más complicado. Para lectores así la conciencia de Alce Negro ofrece motivos para la reflexión profunda, en especial teniendo en cuenta el actual estado de los valores humanos según los ha tratado nuestra civilización.

Pero incluso aquellos que tan solo desean un mero entretenimiento no deben hacer oídos sordos a las enseñanzas

de Alce Negro. A él le ha tocado ser testigo y parte implicada en sucesos de máxima trascendencia, tanto en el plano físico como en el espiritual, y los narra con una sencillez poco afectada hasta el punto de convertirlos en una agradable lectura. Si tal vez podamos coincidir en que en ocasiones su percepción y su carácter lírico se acercan a lo sublime, habrá que dar por supuesto también que en esas ocasiones su sentido del humor es lo suficientemente vivo como para poder mantenerse en contacto con sus lectores.

En su vida cotidiana, íntima, familiar, se podría describir justamente a Alce Negro como un santo en el sentido profundo del término, como una extraña especie de genio. Los miembros de su familia y sus amigos así lo consideran, y la devoción mostrada por aquellos que lo conocen bien es impactante. Aun siendo un hombre profundamente melancólico, siempre se muestra afable en el contacto humano e irradia una sensación de amabilidad incluso en los momentos en que se queda pensativo con un gesto angustiado en el rostro; un gesto, por otra parte, que despierta todo el amor, al menos, de este hombre blanco. Ansía, eso sí, que llegue el momento en el que pueda entrar en el «mundo del más allá», [5] pero, sin embargo, durante nuestras prolongadas visitas a él y a sus amigos, nunca tardaba en lograr que mis hijas sonrieran y siempre se acordaba de algún chiste o alguna historia graciosa para levantar nuestros ánimos en los momentos más sombríos. De hecho, ensiguista estaba dispuesto a jugar con alegría infantil a alguna competición de puntería con la lanza o a bailar con nosotros toda la noche bajo las estrellas siguiendo el ritmo de los tambores y cantando hermosas y extrañas melodías que conocía de sus años mozos.

Cuando conocí a Alce Negro estaba ya casi ciego. [6] Ahora la ceguera es total, hecho del cual me informó sin darle apenas importancia y sin ningún sentimiento aparente de tristeza. ¿Pensará acaso que así se ha liberado ya «de la os-

curidad de los ojos» y está un poco más cerca del mundo real de sus visiones?

Alce Negro es analfabeto, [7] pero los lectores más atentos me concederán que no por ello es un hombre menos educado en el sentido más vital del término, un sentido que parece ir perdiéndose en esta época excesivamente progresista. Pues ¿cómo podríamos describir a un hombre educado, aparte de decir que en su conciencia la experiencia racial ha sido recapitulada hasta lograr construir una personalidad apabullante? Y sin duda en Alce Negro podemos hallar la cultura de un pueblo en todo su esplendor.

Creo que este libro le puede resultar atractivo no solo a personas que tengan un interés relativo sobre otros seres humanos, sino que debiera ser tenido en cuenta, sobre todo, por estudiantes de ciencias sociales, de la historia de la religión y por investigadores de las facultades psíquicas. También quienes pudieran estar interesados en el significado de algunas visiones, en especial en la Gran Visión, verán recompensados sus esfuerzos por la lectura de este libro.

Querría mostrar mi agradecimiento a aquellos amigos que me ayudaron, de muy diferentes maneras, entre los sioux oglalas, por su amabilidad, aunque muchos de ellos nunca lleguen a saberlo. En especial estoy en deuda con Benjamin, [8] hijo de Alce Negro, por sus servicios eficientes y concienzudos como intérprete durante tantos días y con mi hija, Enid, por sus registros como taquígrafa de todas las conversaciones que han dado lugar a este libro, que es un verdadero acto de amor. Los funcionarios gubernamentales también se han comportado con generosidad ofreciéndome su ayuda, por lo que quiero mostrar mi agradecimiento al secretario de Interior, Ray Lyman Wilbur; al secretario del Consejo de Comisarios Indios, Malcolm McDowell; a Flora Warren Seymour, miembro de dicho consejo; y a B. G. [W. B.] Courtright, agente al cargo de Pine Ridge.

JOHN G. NEIHARDT

[1] Neihardt utiliza la expresión «mundo interior» solo en este prefacio. Fue él, al fin, quien conceptualizó las creencias y prácticas tradicionales de temática religiosa de Alce Negro como «todo un sistema de conocimientos representados en su visión», conocimientos que guardó para sí después de aceptar la religión del hombre blanco y entrar a formar parte de la Iglesia católica. *Sixth Grandfather* , p. 28.

[2] La exploración de dichos «valores superiores» fue un motivo central en la biografía de Neihardt, *Poetic Values: Their Reality and Our Need of Them* .

[3] Para el relato de Neihardt sobre su primer encuentro con Alce Negro, escrito poco después de que tuviera lugar, *Sixth Grandfather* , pp. 27-28.

[4] H. Neihardt, *Black Elk and Flaming Rainbow: Personal Memories of the Lakota Holy Man and John Neihardt* , para una memoria íntima de la relación entre Neihardt y Alce Negro. Para las entrevistas de 1931, *Sixth Grandfather* , pp. 101-296.

[5] La expresión «mundo del más allá» solo aparece en una ocasión en la transcripción de las conversaciones entre Neihardt y Alce Negro (*Sixth Grandfather* , p. 220). «Mundo del más allá» es una expresión acuñada por Neihardt; en la transcripción Alce Negro utiliza dos veces «mundo espiritual» y nueve veces la expresión «otro mundo». Véanse las divagaciones realizadas por Neihardt sobre ese «mundo del más allá» respecto a las dimensiones fundamentales más allá del tiempo y el espacio, caracterizadas no tanto por las palabras sino más bien por las imágenes (*Poetic Values* , p. 111). En su poema, «The Ghostly Brother», basado en un sueño de su infancia, Neihardt es llamado «a través de los muros que van más allá de los sentidos» (*Collected Poems* , p. 164).

[6] La ceguera de Alce Negro, según testimonios orales, se debía a su ejercicio como chamán. Como demostración de su poder, en ocasiones escondía cargas de pólvora en alguna hoguera, lo que le permitía provocar pequeñas explosiones aparentemente espontáneas; en una de aquellas ocasiones, la pólvora le explotó en la cara (*Sixth Grandfather* , pp. 13-14).